

Sin pies ni cabeza

Por JUAN SALCEDO

1. *De nuevo, Bouthoul*

Un viejo dicho sobre el carácter nacional acostumbra a señalar cómo el español es un ser que «desprecia cuanto ignora». En los últimos años, sin embargo, este desprecio ignorante había sido sustituido, entre muchos intelectuales, por el papanatismo ignorante. Papanatismo caracterizado por la desmesurada adoración de algunas realizaciones foráneas, fundamentalmente de origen anglosajón, germánico o incluso francés.

De Francia nos ha llegado hace poco un ejemplo de cartesianismo vacuo, autoalabanza, malquehacer sociológico y peor divulgación. Y todo ello, de la mano de un autor alabado por unos y otros como ejemplo de pacifistas y racionalizador de algunos aspectos violentos de la vida social: Gastón Bouthoul¹.

Los no expertos en temas de sociología militar, entre los cuales me cuento, teníamos hasta hace poco una idea vaga, pero lejanamente favorable, del sociólogo Bouthoul, como uno de los

fundadores de la *Polemología*. Con esa palabra, Bouthoul quería conceptualizar los estudios sociológicos sobre temas militares, sobre la guerra, desde una perspectiva no-belicista, considerando la guerra como un hecho social, en el sentido de Durkheim, que podía ser objeto de un tratamiento científico (el método de «objetividad decreciente»).

Sin embargo, esa vaga y favorable imagen queda severamente dañada después de su reciente obra *Historia de la Sociología*, publicada al alimón en Francia y España dentro de la colección *¿Qué sé?* Como es sabido, los libros de esa colección tienen una función divulgadora de temas de interés general entre un público formado por universitarios, profesionales, estudiosos y curiosos de cultura media y superior. Precisamente por ello, la responsabilidad del divulgador es grande, ya que no tratará de convencer de nada a su público, sino de formar e informar al lector acerca de cuál haya sido el desarrollo de nuestra disciplina. Pues bien, que pierda toda esperanza el curioso buscón que caiga en la trampa de intentar descifrar la historia sociológica a través del libro

¹ Gastón BOUTHOU, *Historia de la Sociología*, Barcelona: OIKOS-TAU, 1979 (1.ª edición francesa de 1979).

que comento; más le valdría dedicarse a otros menesteres más productivos o piadosos, porque desde luego la confusión será grande. Pero, vayamos por partes.

2. *La apoteosis del «pansociologismo»*

El primer grave error de Bouthoul es el de asumir que todas las construcciones sociales que la humanidad ha hecho en su época literata son «sociologías». Con esa gratuita, equivocada y equivocadora idea, escribe nuestro prohombre nada menos que 64 páginas de un librito de 143. En esas páginas desfilan, en cronológica procesión, «sociólogos» tan destacados como Herodoto, los Sofistas, Platón, Aristóteles, Tucídides, Tácito, César, San Pablo, San Agustín, Santo Tomás, Ibn Jaldún, Maquiavelo, Descartes, Vico, Locke, Tomás Moro, Campanella, Hobbes, Spinoza, Adam Smith, Condorcet, Kant, Rousseau y Montesquieu. Brillante comparsa de un no menos brillante cortejo formado por el resto de los pensadores que en el mundo han sido.

Paréceme lo anterior como una manifestación sin precedentes del llamado «mal francés», que no es sino la aplicación masiva de la máxima siguiente: «si originales ser no podemos, desbarremos». Y desbarrar (*le mal français*) es lo que hace el bueno de don Gastón. Y para ello utiliza una metodología basada en lo que él llama pomposamente la «sociología implícita» fundamentada (en dos renglones ramplones) en la «ideología parasociológica», contenida en los textos de los clásicos ya citados. Y es que la idea de las lecturas «symptomales» de Althusser, ha hecho un fla-

co favor a la reinterpretación de los clásicos.

Esta especie de *pansociologismo*, del que ya nos creíamos liberados es el Pecado Capital, con mayúsculas, de la obra de Bouthoul. La apoteosis ditirámica de la sociología frente a la teología, la teosofía, la filosofía y, sobre todo, la filosofía social. ¿Qué más podría pedir Comte? El problema, sin embargo, empieza ahora. Si todo es sociología (si bien «implícita»), hasta el siglo XVIII, ¿cómo sistematizarla?, ¿cómo comprimir todo en 64 páginas? El resultado sería meramente pobre, de no ser por su ramplonería, su fragilidad y su superficialidad. Y un sociólogo de la talla de Bouthoul no debería nunca haberse permitido el desliz de «*diletta*» en un campo que parece no ser el suyo: la sociología teórica. Después de los excelentes textos que existen, como la vieja gloria de Sabine, no se puede publicar algo tan inferior; y menos aún desde esa perspectiva *pansociologista* que ya he denunciado.

3. *La objetividad decreciente, los diplodocus y el Sr. Bouthoul*

El autor objeto de mis críticas prosigue luego con los dos siglos restantes (el XIX y el XX). Sólo destacar que Timasheff lo hizo mejor. Pero no me voy a meter con lo que dice de los sociólogos que cita —fundamentalmente franceses— (Comte, Saint-Simon, Gobineau (!), Le Bras, Tarde, etc.) ni con lo que no dice de los sociólogos que no cita —fundamentalmente del resto del mundo— (Max Weber no existe, según Bouthoul; ni siquiera como sociólogo de la religión. Tampoco existen Parsons, ni Gurvich, ni los «francfurtianos»,

etcétera). Lo verdaderamente chocante es su definición del «método de la objetividad decreciente» como el fundamental en sociología empírica. Por supuesto que cualquier posición es lícita, lo que pasa es que en este caso su toma de posición va incluida en un contexto del que parece deducirse una extrema confusión entre el método y las técnicas de investigación. Me resisto a pensar que un sociólogo como Gastón Bouthoul caiga en ese confuisionismo, pero esa confusión parece deducirse del texto aunque, sin duda, hay que pasar buena parte de culpa a una traducción no demasiado brillante.

En último término, Bouthoul hace algunas someras referencias a la guerra como objeto de estudio de la *polemología*. Quizá sea lo más válido de toda la obra, aunque el escaso

espacio dedicado a la misma, le reste valor divulgador. Como broche final, nuestro autor hace una referencia desdichada comparando a la especie humana con un *diplodocus*; mucho volumen corporal y escaso cerebro. Lo peor del caso es que, a la vista del libro en su conjunto, el argumento comparativo del dinosaurio parece volverse contra quien lo utiliza.

Sólo unas palabras para terminar esta crítica, que no merece más atención. El libro es malo sin paliativos. No cumple las funciones divulgadoras para las que fue escrito. Induce a la confusión del lector no versado, y al desconcierto al profesional. Nos conduce, en definitiva, a esa especie de pansociologismo a la francesa cartesiano y *démodé* que creíamos extinguido ya para siempre.

LUCIANO GALLINO

Conceptos y sociología. *Dizionario di Sociologia*

(Turín, Italia: Unione Tipografico-Editrice Torinese, 1978, 820 pp.)

Cuando Alfred Vierkardt publicó por primera vez su «*Handwörterbuch der Soziologie*», en 1931, el suceso fue percibido por muchos, como la señal del advenimiento de la era de la disciplina, de su éxito final, como intento aceptado, efectivamente necesario y válido, dentro de la ciencia social moderna. Actualmente, después de medio siglo, la proliferación de diccionarios, vocabularios, glosarios y enciclopedias de sociología es tal, que cualquier observador se ve obligado a sospechar que existen más de los que se necesitan para acumular una

madurez que permita la codificación, sistematización y unas definiciones firmemente aceptadas. Sin embargo, la abundancia de diccionarios sociológicos puede concebirse, como un síndrome de lo contrario, como la manifestación de una ansiedad generalizada acerca de la naturaleza de una disciplina que está demasiado dividida, y de una comunidad de eruditos demasiado fragmentada en escuelas y «perspectivas» incompatibles. Aunque, desde luego, ambas cosas son ciertas, la mayoría de nuestros diccionarios —grandes y pequeños—,

están confeccionados de tal forma que obligan al lector a confirmar su temor acerca de que se está entrando en una casa dividida, consiguiéndose, por tanto, lo contrario de lo que sus autores pretendían originalmente. Transmitir las dificultades y deficiencias de la sociología sin separarlo de sus éxitos a menudo considerables; demostrar cómo el pluralismo metodológico y teórico es, en este campo, una condición necesaria para el avance; probar que algunas polémicas son fructíferas y que hacen perfectamente posible el avance de la más delicada de las ciencias sociales: son todas tareas difíciles. Sin embargo, ésta es la tarea específica de los libros de inventario, tales como los diccionarios y las historias de la sociología.

Sin embargo, algunos diccionarios han evitado hábilmente los riesgos derivados de un ligero intento de exposición sustancial y del análisis de los temas y nociones en juego, presentando definiciones simples, cortas y a menudo lacónicas, a la manera establecida por Fairchild en los años 50 y continuada por Theodorsons a finales de los 60. Otros, a los que amablemente no citaremos aquí, han elegido dar mucha más información, mientras escondían los problemas a que se enfrenta el progreso de la disciplina bajo una gran exposición tipográfica y una masa de ilustraciones, cuyos criterios de selección son parciales u oscuros, o ambas cosas a la vez. Sin embargo, ha aparecido una tercera categoría que ha logrado combinar el rigor conceptual con una exposición clara de las materias, teorías y aproximaciones, con cierto éxito. Este fue el caso de la «Soziologie» de Rene König, en 1958, editada directamente como un libro de bolsillo, fue también el signo de la populari-

dad de la disciplina recientemente creada en Europa. Desde luego, éste también fue el caso del «Dictionary of the Social Sciences» de la UNESCO, de Kolb y Gould, en 1964, una obra cuya puesta al día y reedición revisada todos agradeceríamos. Estos trabajos excepcionales alcanzaron su calidad debido al criterio lúcido de sus editores y su habilidad para manejar con firmeza a tantos autores dispares y sin duda idiosincráticos. Esta última característica es la que uno desearía encontrar en el «Diccionario de las ciencias sociales» de la UNESCO en español, publicado por fin en 1975. La muerte prematura de su primer editor, Enrique Gómez Arboleya, demostró ser un contratiempo considerable para su elaboración. Contiene, sin embargo, un número importante de entradas muy buenas y originales.

Los diccionarios que se incluyen dentro de esta última categoría tienen, sin embargo, a esforzarse colectivamente. Al igual que en filosofía son raros los buenos diccionarios, amplios y consistentes, de autores aislados, como el «Diccionario de filosofía», de Ferrater. Los autores que acometen la tarea en solitario prefieren seguir el ejemplo del conocido «Dictionnaire» filosófico de Lalande, por ejemplo, para concentrarse sobre lo conceptual y etimológico y obligarse a establecer conjuntos de significados básicos, así como a exponer referencias clave para aquellos lectores que lo solicitasen.

El modestamente titulado «Vocabulaire des sciences sociales», de Paul Foulqués, publicado en 1978, es uno de esos esfuerzos lexicográficos con éxito.

El «Dizionario di sociologia», de Luciano Gallino, también debe ser encuadrado dentro del campo «con-

ceptual». Su autor, uno de los sociólogos italianos contemporáneos más distinguidos, anduvo el camino a través del (por ahora) gran «corpus» de conocimiento y producción sociológica, evitando sistemáticamente las descripciones «sustanciales» de datos y el análisis de trozos aislados de investigación. Su diccionario, por tanto, analiza conceptos y presenta su evolución y varios de sus significados en sociología. Los sitúa (y las actividades de investigación, a menudo, lo presentan) dentro de la disciplina y dentro de la ciencia social en general, y los relaciona con otras áreas de la investigación. El precio a pagar por esto es muy alto, ya que ciertas regularidades difícilmente pueden enunciarse sin hacer referencia a los hechos, especialmente en una disciplina histórica como es la sociología. Ciertamente, el autor no se lanzó nunca a escribir lo que los alemanes llaman «Sachwörterbuch», es decir, un diccionario de hechos —o de datos— como lo interpretan los eruditos, sino a presentar su aparato conceptual y el equipo teórico y analítico. Además, son los conceptos y las nociones —como contrarios a las teorías y a las explicaciones— los que reciben mayor atención. Por la misma razón, se pierde mucho, una parte importante, del poder aclaratorio de la sociología, de su habilidad para que tengan sentido pléyades de sucesos complejos e históricamente duraderos. Por ejemplo, la entrada «Religión», se convierte en «Sociología de la Religión», y no se dan entradas específicas para «Iglesia», «Secta», «Catolicismo», «Protestantismo», «Islam», a pesar de la importante labor acumulada sobre estos fenómenos, y mucho menos de su participación en el universo socio-religioso de la humanidad. Para dar otro

ejemplo esto es aplicable también a un área de estudio tan importante como es el «Capitalismo». Gallino incluye aquí varias entradas (como «capitalismo», «acumulación», «dinero», «mercado», «modo de producción» y demás) y presenta gran riqueza de definiciones ordenadas y de versiones conceptuales, pero tiende a no reproducir con el detalle necesario las importantes teorías explicativas que poseemos acerca del fenómeno, junto con las principales críticas normales de esas teorías. Sólo son mencionadas indirectamente las importantes crisis económicas, y las principales tendencias en la acumulación nacional e internacional. Entrada tras entrada, nos enfrentamos con esta concentración sobre el tratamiento conceptual y de alguna forma desvirtuado de lo explicativo, lo causal y de los datos empíricos. El argumento contrario, acerca de que, como ya se ha advertido, esto no es definitivamente un «Sachwörterbuch», puede no ser aceptable del todo, porque lo que hubiera hecho aún más útil esta contribución distinta e impresionante hubiera sido una base mayor acerca de varias interpretaciones bien seleccionadas sobre puntos cruciales, junto con una exposición del fenómeno abarcado como aparecen en sociología.

Luciano Gallino, en su trabajo anterior dentro del campo de la sociología industrial y de la sociología del trabajo, había demostrado ya una marcada inclinación hacia el eclecticismo. Su «Dizionario» aparece ahora como un «tour de force» del eclecticismo, tanto que no me atrevería a describirlo con la corriente irónica o despectiva más ligera como «ecléctica». (Algunos de nosotros prefieren una aproximación a la sociología «integradora» a una meramente «ecléctica»)

ca», incluso en los diccionarios, pero esto es otra cuestión. La integración de las teorías y los descubrimientos bajo determinados criterios de perspectiva y tratamiento preferente, evita los peligros sincréticos que siempre rondan al eclecticismo, pero entonces el riesgo es parcial.) Los diccionarios son, desde luego, el lugar adecuado para el eclecticismo y, naturalmente, Gallino se siente en casa en ese terreno, lo cual es una ventaja para el lector. Es por esto que los significados, los conceptos y las tendencias están expuestas con un minucioso detalle y con un sentido del equilibrio admirable. No se advierte si el autor tiene preferencias o cree que algunas versiones son más convincentes que otras. Se deja juzgar al lector acerca de los méritos respectivos de cada noción.

Esto se extiende al alcance mismo del «Dizionario». Se recogen prácticamente todas las nociones y materias antiguas y bien establecidas dentro de la tradición sociológica, así como una gran parte de las modernas. Algunas de las últimas deben ser bien recibidas en un diccionario italiano, y especialmente las entradas tales como «etnometodología», un desarrollo importante que apenas si encontró eco en la Italia de la época en la que apareció el diccionario de Gallino. Si el artículo acerca de la etnometodología es quizá demasiado corto, puede ser atribuido a la época en la que el autor terminó el libro. Es casi inevitable el que algunos conjuntos de conceptos relacionados estuviesen descuidados. Un ejemplo será suficiente: mientras que aparece «burocracia»,

ciertos conceptos estrechamente relacionados con dicho concepto de una forma u otra —«corporativismo», «sociedad corporativa»— no aparecen, mientras que otras, también relacionadas con el mismo, como el importante concepto «oligarquía», aparecen debajo de otros conceptos mayores (en este caso bajo «democracia»). No siempre resulta claro por qué esto es así. Por esta razón, resulta en vano el tratar de buscar bajo «organizaciones formales» y bajo «organizaciones complejas», por decir algo, el surgimiento del corporativismo y del estado corporativo. Pero en conjunto esto son faltas menores dentro de una obra ambiciosa y satisfactoria.

Cada entrada está precedida por una traducción del término italiano al francés, inglés, español y alemán, una característica nueva que debemos agradecer y que debería ser imitada por las nuevas ediciones de los otros diccionarios. (Es una pena que algunas de las traducciones de términos españolas, aunque no son inexactas, estén mal escritas.) Se acompañan las entradas de una pequeña bibliografía, hasta ca. 1976, dándose la edición italiana si está disponible. (Las referencias de las publicaciones que aparecen a mediados de los 70 parecen ediciones de última hora en un texto ya terminado.) Este diccionario puede convertirse en una herramienta importante para los sociólogos italianos y para los estudiantes de ciencias sociales, así como para aquellos que puedan leer el italiano.

SALVADOR GINER

IGNACIO FERNÁNDEZ DE CASTRO

Sistema de enseñanza y democracia

(Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1980, primera edición, 187 pp.)

Ignacio Fernández de Castro reconoce en este trabajo la influencia de «dos líneas de reflexión» «asumidas libremente»: el pensamiento marxista, con apoyatura crítica en la hipótesis de que «la fuerza de trabajo es una mercancía material producida por el modo de producción capitalista», y la influencia de la lectura del libro de Jesús Ibáñez, «Más allá de la Sociología».

A nuestro entender, en esta obra se pueden distinguir tres dimensiones:

a) La de *un* análisis crítico de *ciertas* relaciones sociales en una sociedad democrática capitalista, en el contexto de la hipótesis antes señalada.

Dos elementos centrarían este análisis: el poder y el capital, este último «en su actividad productiva y en su doble vertiente, de transformación material del medio como ejercicio del poder de ocupación o de apropiación, y de creación del valor como ampliación del poder y del capital cuando esta actividad se realiza sobre el medio humano» (pág. 6).

b) La de *un* análisis crítico de *una* de las instituciones del poder, el sistema de enseñanza, como parte integrante, juntamente con la familia y los medios de comunicación social, del «sistema educativo».

La preocupación es, en este caso, caracterizarlo como «un mecanismo de producción de la reproducción social» y como un órgano de poder.

c) La tercera dimensión que se aprecia sería la de una búsqueda, desde la reflexión teórica, de un «resquicio-punto de partida» para una praxis que, saliendo de lo no apropiado todavía por la esfera del poder, de su discurso y aun de su proceso de racionalización, fuera esperanza y posibilidad de cambio.

Son siete capítulos.

Los dos primeros sugieren líneas de análisis «no reformistas» —sobre lo anteriormente señalado— del sistema democrático capitalista de poder y de sus instituciones (las relaciones sociales globales y su trama).

El segundo aborda casi concretamente lo que será la vía de acceso al estudio del sistema de enseñanza: las dos áreas de la actividad productiva del capital, el medio material humano y el medio material no humano, sus relaciones, sus fronteras y la «producción de la reproducción social» como una de sus concretizaciones.

Obviamente, el sistema de enseñanza cumple su función en ellas y este capítulo sirve para encuadrarlo como mecanismo productivo, en relación directa con la familia y los medios de

comunicación social y en articulación con los otros elementos que conforman el aparato del Estado.

Precisamente, sistema de enseñanza, familia y medios de comunicación estructuran lo que Fernández de Castro llama «sistema educativo», cuyas funciones más importantes en la producción sobre el medio humano son las actividades de información, impresión, programación e identificación (todas ellas referidas al proceso de ordenación y distribución del saber y de los bienes materiales y de su consumo). Funciones que apuntan a un doble proceso de integración y de socialización que incluye desde la interiorización del poder, la formación del ciudadano y del profesional, hasta la formación de consumidores estratificados.

En el capítulo III entra de lleno al tema del sistema de enseñanza y su referencia es, concretamente, el caso español. Lo considera también como un mecanismo que asegura la reproducción de clases, pero va más allá de este enfoque y lo aborda como aparato y estructura de producción ampliada de fuerza de trabajo y de sujetos de poder. O sea, como «mecanismo de producción de la reproducción» en el marco de una democracia «delegada o formal» en una sociedad capitalista.

Este análisis se profundiza en los capítulos siguientes con el estudio de lo que él considera como los tres componentes fundamentales de ese sistema de enseñanza: los alumnos —los niños, «la materia prima no virgen del aparato de producción»—, los enseñantes y la ciencia. Y al hacerlo, desemboca en un análisis por cierto limitado del mismo.

Al tratar al primero de ellos necesita hacer referencia a cómo se ge-

nera esa «materia prima», que no llega virgen al sistema de enseñanza, y dedica entonces atención preferente a la familia: elemento de cohesión y estabilidad social, institución dominante en la primera etapa de producción, órgano, asimismo, de poder y mecanismo de circulación (transmisión, perpetuación y ampliación) del valor.

«... El sistema de enseñanza recibe a los niños, a una nueva generación, no como una materia prima virgen sobre la que trabajar, con diferencias personales de tipo natural debidas a la evolución 'natural' de la especie, sino como una materia prima ya 'tratada' por el capital, ya hablada por el poder, convertida ya en significantes de valor, ocupada, apropiada, identificada, manipulada, impresa, estratificada. Niños del estrato alto, niños del estrato medio-alto, niños del estrato medio-medio, niños del estrato medio-bajo, niños del estrato bajo. Niños con juguetes electrónicos, niños de padres analfabetos. Niños reprimidos, niños represores. Niños con niveles de consumo diferenciados, con culturas desiguales, con hábitats diferentes. Niños 'marcados' por el capital, convertidos ya, como cualquier materia prima, en una mercancía que tiene un valor y que con este valor entra en una nueva fase de producción, para convertirse al final del proceso en un producto apto para ser consumido por su comprador. La materia prima ha sido producida en la etapa que podríamos llamar familiar, por ser ésta la institución dominante de esta etapa de producción, en contraposición

a la etapa 'escolar' en la que es el sistema de enseñanza el que domina la siguiente etapa de producción.» (Págs. 111 y 112.)

La cita, aunque extensa, es por demás ilustrativa, tanto del modo en que el autor aborda el análisis del tema que da título a la obra, como del estilo y de la redacción que utiliza (que dificulta bastante la lectura).

El capítulo V lo dedica al docente (enseñante, modelo y experto), aunque la referencia a «enseñante» comprende a un grupo más amplio e incluye a otro personal involucrado en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

El enseñante es «la forma o continente del único sujeto de la enseñanza, el poder» y su función es, según el autor, trabajar sobre el alumno en tanto que materia prima, para su transformación en una mercancía cuyo valor pueda realizar el capital. Su posición es, pues, la misma que la «de los asalariados que trabajan en la producción de mercancías en el sistema capitalista, con las diferencias únicas derivadas de la división del trabajo que acompaña al desarrollo de la producción».

Desde esta misma perspectiva, utiliza una serie de categorías de la teoría económica para caracterizar al sistema de enseñanza como una estructura de producción: «parte de un trabajo continuado en cadena», «composición orgánica del capital en el sistema de enseñanza», «mecanización de la producción en el sistema de enseñanza», «alumno como materia prima», etc.

A nuestro entender, realiza un análisis teórico parcial del complejo engranaje y del funcionamiento del sistema, que sólo en parte se torna sugestivo cuando, por ejemplo, aborda

el problema del significado —valor— del que la institución es significante. Por lo demás, omite casi toda referencia «temporal» o «diacrónica», con lo cual «se escapan» los condicionantes históricos que permitirían analizar a la educación formal como un proceso acumulativo de larga data, en la cual influyen tanto el pasado como el presente. El lector «desprevenido» puede verla, entonces, sólo como un «fenómeno» (mecanismo «cuasi-perfecto» de producción de la reproducción), sin tomar conciencia de los cambios producidos en el propio desarrollo del tipo de sociedad que Fernández de Castro considera y de los no-cambios producidos en los sistemas educativos generados con la consolidación de las sociedades nacionales en el siglo anterior.

El capítulo VI lo dedica al análisis de la ciencia.

A partir de una crítica de las teorías que caracterizaron al sistema educativo como aparato ideológico cuya función consiste en transmitir la ideología dominante, vuelve a replantear el tema desde su propia hipótesis de trabajo: el sistema de enseñanza como un «mecanismo productor de la reproducción».

Desde el punto de vista productivo, la ideología aparece como una resultante de la aplicación de las ciencias sociales sobre el medio humano para conseguir su ocupación y para que éste se comporte conforme a los proyectos de poder. Siguiendo esta línea de reflexión, distingue tres «tipos» de ciencia: la ciencia *que investiga*, actividad del poder dirigida a la ocupación del medio material todavía no ocupado. La ciencia *que se aplica*, conjunto de contenidos de enseñanza que convierte a los alumnos en profesionales. Y la ciencia *que explica*;

esta última, en tanto que «explicación que el poder da de sí mismo, del mundo sobre el que se asienta y de cada uno de los miembros de la formación social que organiza y ordena», se podría identificar con la ideología. Su objetivo es afirmar e imprimir esquemas básicos de comportamiento que se ajusten al orden o al discurso del poder y que se conviertan en su expresión.

Finalmente, cierra el libro el capítulo VII.

Retomando los elementos que analizara en los capítulos anteriores, Fernández de Castro caracteriza al sistema de enseñanza como una estructura de producción donde se combinan los tres elementos —alumnos, enseñantes y ciencia— y como órgano de poder del Estado, que en una sociedad

capitalista es un poder «privado» («opuesto al no-poder o a lo público»).

La organización del mismo, sus funciones y objetivos específicos y las realidades complementarias de la escuela pública y la privada son consideradas en el contexto del cambio político español, incluidas las referencias a los procesos autonómicos y a lo que el autor llama «la era Suárez».

Por último, el libro se cierra con una breve y rápida alusión a esa «tercera dimensión» que se puede advertir en la obra de Fernández de Castro: la identificación y la búsqueda de elementos que sean portadores de esperanza de cambios y aún más, de posibilidades de transformación.

VICTORIA GALVANI

CLAUDE LEFORT

Eléments d'une critique de la bureaucratie

(Ed. Gallimard, París, 1979, 377 pp.)

Continuando la mejor tradición revisionaria de la intelectualidad francesa, los ensayos de Lefort recogidos bajo el título de «Elementos» nos proporcionan una de las más apretadas autocríticas que en el área política hayan podido darse.

Comprende este volumen los trabajos escritos desde el año 1948 ya publicados en castellano por Ruedo Ibérico (1970), más otros inicialmente conocidos en «Les Temps Modernes», «Socialisme ou Barbarie», etcétera. Entre estos últimos destacan

por su originalidad y concisión los denominados «Kravchenko y el problema de la URSS» y «La Degradación Ideológica del Marxismo» (1948 y 1963).

A partir de algunas primeras posturas que podrían ser de algún modo consideradas como «neo-trotskyistas», en cuanto orientado genéricamente en una vía anti-burocrática, Lefort ya apunta en uno de sus primeros artículos hacia el mismo significado y relevancia de Trotsky, desmontando la aparente consistencia política de

éste en su oposición al estalinismo, en base a dos críticas: la posición de apego reverencial hacia el Partido durante toda la etapa en que Stalin va destruyendo sus zonas marginales de poder, y la defensa que como exiliado hará sobre el carácter socialista de la Rusia existente en razón a su participación en aquél por la política colectivizadora y el uso de métodos de planificación central. Interesando sobre todo la primera, dado el carácter paradójico que implica respecto al período revolucionario (ya descrito por I. Deutscher).

Posteriormente, y con motivo de la «resurrección» del espíritu trotskista en mayo del 68, se dedican unas líneas a valorar el papel de tal personaje en la historia soviética, valoración por la que resulta perfectamente encuadrado en el contexto de la formación de un nuevo equilibrio del poder soviético en los veinte; y donde queda apuntado, siquiera someramente, lo eterno de unas opciones «políticas» producidas por la conciencia desdichada de un movimiento estructurado dogmáticamente, conciencia que necesita idealizar sus orígenes históricos ante la proclamada traición de los principios, y que no es sino el papapeto donde se ha de escudar la huida de la realidad y la inacción.

En el segundo artículo, «El Proletariado y su Dirección», viene, por el contrario, a repetir algunas tesis clásicas de la cosmogonía marxiana, como la del carácter objetivamente revolucionario del proletariado, o la de la clara separación entre clase y organizaciones pretendiendo detentar su legitimidad, apoyándose, de todos modos, en la tendencia más evolutiva respecto a la ductilidad y autonomía de los aspectos organizativos y culturales, y pasando por encima de aquella en

el instante en que atribuye consecuencias determinantes al universo técnico-burocrático de la industria moderna, si bien en su análisis específico no entra; en cualquier caso, ello podría haberle conducido a replantearse ciertos plantamientos político-filosóficos absolutamente fuera del circuito de posibles demostraciones empíricas, cual es la fe en la inevitable lucha por la liquidación de las relaciones económicas de explotación, en su sentido marxiano. Esta es la perspectiva en la cual Lefort demuestra una mayor regularidad en la mayoría de sus artículos, continuidad que despeja de modo satisfactorio el camino seguido en la evolución de la casi totalidad del resto de sus ideas.

La no-desaparición de las relaciones de «expropiación forzosa» en que se inserta el binomio Capital-Trabajo, y su agravamiento por medio de la rígida jerarquización salarial de tiempos de Stalin, es, en efecto, el criterio clave utilizado para negar todo posible carácter socialista a la experiencia soviética, que será calificada como «capitalismo de Estado»; por lo que rompe con la tópica identificación de propiedad-de-Estado / propiedad-del-Pueblo, a la vez que ataca la burda justificación «a posteriori» de que el inmenso desarrollo de las fuerzas productivas precisaba e implicaba el uso generalizado de métodos represivos y la consolidación de una estructura de poder dictatorial. La burocratización del Régimen, la prepotencia de la policía, las purgas constantes en el aparato político y administrativo, no son sino resultados de esa estructura que acabarán por hacerse consustanciales a ella.

Sin llegarse a plantear el problema en términos de nacimiento de un sistema político básicamente original

—en relación a los conocidos—, Lefort tanea la caracterización del mismo a partir de una hipótesis central: el uso del terror como instrumento de desintegración de la sociedad tradicional y elemento posibilitador del surgimiento de una nueva clase social, la burocracia. Terror asumido en tres fases consecutivas, la que se dirige contra las formas organizativas de los pocos grupos con alguna conciencia, la que destruye a los propietarios del campo y desvertebra todas las capacidades de autonomía de las clases proletarias y, por fin, la que conmociona sucesivamente el mismo estrato burocrático. Ello habría producido un orden social radicalmente ajeno a los órdenes burocráticos de la antigüedad. Por otra parte, esta hipótesis, expuesta en «El Totalitarismo sin Stalin», ya había sido esbozada en su artículo anterior «El Testimonio de A. Ciliga», y podría tener algún punto de contacto con los trabajos de H. Lefebvre sobre el nuevo «Modo de Producción Estatal».

Si están medianamente claros los rasgos económicos y sociales no formales que harían legítimo nombrar a la capa privilegiada como nueva «clase social dominante», no ocurre lo mismo, sin embargo, con la imprescindible señalización de las causas que aseguran una casi perfecta estabilidad al sistema. Aquí el autor toma posiciones concordantes con la teoría de los regímenes totalitarios, pero se exce-

de en la importancia concedida en cuanto instrumentos a las organizaciones de masas, sobre todo en el caso de los sindicatos. Pues si el partido político es efectivamente el vínculo general y último punto de referencia, el que realiza una simbiosis *sui generis* entre la sociedad y el Estado, no deja de ser, por otra parte, un gran cuerpo con muchos de sus miembros adormecidos o funcionando intermitentemente y en una sola dirección. Y la no definición del papel regulador implica negativamente el minusvalorar las posiciones centrales que ocupan instituciones del Estado como el Ejército y la Policía o capas socio-profesionales —técnicos y burócratas de alto rango, etc.—.

Otro defecto achacable a esta visión restringida del totalitarismo es el práctico total abandono en el que resulta el componente ideológico y su irradiación a través de un vasto sistema humano y técnico que permite un adoctrinamiento con escasísimas fisuras objetivas; en definitiva, su fuerza reside en la fuerza de hacer creer...

Es tal vez aquí donde se echen en falta el rigor y, en especial, una cierta manera de no traspasar ciertos límites en torno a los fundamentos de opinión, morales y valorativos que hacen posibles las reconversiones totales de los proyectos primitivos.

LUIS ARRILLAGA ALDAMA

ROSA MARÍA CAPEL MARTÍNEZ

La mujer española en el mundo del trabajo, 1900-1930

(Fundación Juan March, Serie Universitaria)

En el breve espacio de apenas cincuenta páginas Rosa María Capel trata de proporcionar una visión general de la situación de la mujer española en el primer tercio del siglo XX centrándolo en el acceso por parte del sexo femenino al trabajo extradoméstico.

El estudio parte del concepto que de la mujer se tenía en el siglo XIX como sujeto no productivo y dentro de los baremos masculinos considerada inferior, y como a partir de la segunda mitad del siglo XIX el concepto comienza a cambiar en base a factores de tipo demográfico: el descenso de la nupcialidad y el incremento de la población femenina; a factores de tipo económico como el desarrollo industrial y necesidad de mano de obra barata y educativos que sitúan a la madre como educadora haciendo necesario que aumente el nivel de instrucción de las mujeres. Otros factores de tipo ideológico ayudarán también a que el concepto de la mujer comience a cambiar.

En España el fenómeno de incorporación de la mujer a la vida laboral se retrasará fundamentalmente debido al subdesarrollo industrial y a la influencia de la Iglesia católica. Va a ser el reinado de Alfonso XIII el que marca el inicio de la incorporación de la mujer española al mundo laboral, y a la sociedad de su tiempo con todo

el problema de tipo sociológico que supone el sacar a la mujer de su casa para llevarla a participar en la producción de la riqueza de la comunidad. Los factores que van a posibilitarlo serán en primer lugar de tipo demográfico: descenso de la nupcialidad y se eleva la edad de matrimonio. Todo esto dificulta el que la mujer se case y solucione así su futuro económico; es por esto que la mujer busca nuevos caminos que le permitan bastarse a sí misma.

La incorporación de la mujer al mundo laboral va a tener una serie de connotaciones específicas ya que entra a competir de una forma desventajosa con el varón, siendo considerada, junto con el niño, mano de obra barata, estas connotaciones son las siguientes: *a)* se la considera como elemento laboral sustitutivo, no competitivo; *b)* el peso de los roles sexuales, la excluye de los sectores más desarrollados; *c)* su falta de instrucción la limita a puestos auxiliares, esto se ve reforzado por la propia mujer que considera el trabajo como algo transitorio en espera del matrimonio, en la mayoría de los casos.

El principal problema con el que se encuentra la mujer es la desigualdad retributiva respecto al hombre, tanto en la media de salario nacional como en puestos iguales; a la mujer por el hecho de serlo se la pagará menos.

La presencia de la mujer en el mundo del trabajo se convierte en un fenómeno irreversible y seguirá dos directrices fundamentales: la primera es un continuo incremento de la población activa femenina por razones históricas y demográficas; la segunda un trasvase de efectivos al sector terciario debido a que el sector secundario tiene un techo y a una mayor instrucción femenina que la capacitará para ocupar los nuevos puestos de trabajo que el sector terciario va creando.

El peso de la población activa femenina durante el reinado de Alfonso XIII va a ser muy reducido: un 18,3 por 100 para 1900 y un 12 por 100 para 1930 debido a la pérdida de trabajadoras agrícolas. La distribución cualitativa del contingente femenino va a venir determinado fundamentalmente por aquello considerado socialmente como propio de la mujer. Su comportamiento a la hora de entrar en el mundo laboral vendrá, pues, determinado por las normas sociales, así la entrada se realiza a edades muy tempranas (14 y 15 años), para abandonar el trabajo masivamente a la edad del matrimonio. Es por esto que son las solteras las que mayor peso cuantitativo tienen respecto a la población activa femenina total.

Respecto a la distribución por sectores, será el sector terciario el que mayor número de mujeres detente debido al peso del servicio doméstico, aunque será la industria comprendida desde el punto de vista de las ramas que la componen el más importante, quedando las restantes ramas productivas, a excepción de la agricultura, reducidas a un pequeño número de mujeres.

La autora realizará un análisis a nivel provincial buscando tres provin-

cias que sean más representativas de cada sector económico, las tres provincias son:

a) Barcelona, como provincia industrializada, va a ser la provincia con mayor población activa femenina (26 por 100 en 1930), siendo el sector secundario el que mayor porcentaje recoge (65,23 por 100) y un peso muy reducido de las obreras agrícolas.

b) Madrid. Como modelo de provincia afectada por el peso de la capital. Madrid detenta un alto porcentaje de población activa femenina, aunque no tan alto como Barcelona, con un claro predominio del sector terciario reforzado básicamente por el servicio doméstico.

c) Granada. Como provincia característica de una forma de vida tradicional, cuya base económica es la agricultura. La población activa femenina es muy reducida, con gran peso del servicio doméstico y el porcentaje más elevado de trabajadoras del campo.

Un aspecto fundamental a la hora del estudio de la incorporación de la mujer al mundo laboral es la legislación, la situación de la mujer frente a la ley. El Estado va a adoptar una actitud intervencionista frente a la mujer y al niño en el terreno laboral. Los primeros intentos se inician en 1873 y en 1877, pero sólo en 1900 se promulgará una ley que regule el trabajo femenino e infantil y lo hará en tres aspectos fundamentales: en primer lugar, marcando una edad mínima para entrar a trabajar; en segundo lugar, determinando una serie de empleos prohibidos a los menores de 16 años; en tercer lugar, regulando la jornada laboral a los menores de

14 años, y en cuarto lugar, protegiendo a la trabajadora madre.

La legislación en los siguientes treinta años seguirá las siguientes directrices: *a)* limitación y determinación de los trabajos a los que puede acceder la mujer; *b)* jornada laboral; *c)* leyes protectoras de la maternidad. Esto en cuanto a mejoras materiales, en lo que respecta a mejoras opcionales, dos son los decretos fundamentales, el de 1910 del Ministerio de Industria publica que admite a la mujer en todas las profesiones relacionadas con él, y el de 1918 que abre el camino a la mujer a los puestos auxiliares de la Administración. La regulación del salario por ley se hará esperar hasta la segunda década del siglo, debido al bajo nivel de sindicación y falta de organizaciones profesionales.

La importancia de esta legislación se verá aminorada desde el momento que las trabajadoras agrícolas quedan excluidas, así como el servicio doméstico, por la realidad del país económica y cultural que limitan el cumplimiento de lo legislado y por la falta de recursos, para que se cumplan las normas, de la que adolece el Estado.

Dentro de las capas inferiores de la sociedad el trabajo de la mujer —al margen de patrones sociales— se hace necesario. Las características de este trabajo dependerán del sector económico en que se realice. De cada sector la autora examina las ramas más representativas.

En el sector primario la autora diferencia a la agricultura de la trabajadora agrícola, diferenciándose esta segunda de la primera por la percepción de un salario, aunque ambas se caracterizan por el carácter sustitutivo de su trabajo ocupando el escalafón

más bajo del peonaje agrícola. El salario percibido será un tercio del percibido por el hombre, esto provocará la migración de las jóvenes a la ciudad en demanda de mayores salarios y condiciones de vida.

El sector secundario, industrial, será donde la obrera industrial inicie la lucha por un puesto propio en el mundo extrahogareño. Además el deterioro del nivel de vida obrero convierte la presencia de la mujer de transitoria en permanente. Dentro del sector secundario el 99 por 100 va a pertenecer a la rama industrial especialmente, a la industria de transformación y dentro de éstas a las más «genuinas»: textil, vestido y tocado, alimentación, tabaco, absorbiendo las tres primeras el 89,94 por 100 de la población activa femenina. La mayor concentración, el 41,6 por 100, se localizará en Cataluña y Levante. El salario, notablemente inferior al masculino, vendrá determinado por dos factores: el primero la poca capacidad retributiva de nuestra economía y el segundo de tipo ideológico, el argumento de la «debilidad femenina» y su menor rendimiento. La evolución del salario vendrá dada por dos directrices: *a)* un mayor incremento a través de los años, dado su bajo punto de partida, y *b)* esta preeminencia desaparece al contar la cuantía total del aumento, así en 1930 el salario femenino sigue siendo un 53 por 100 inferior al masculino.

La autora realiza, a continuación, un estudio de las principales ramas del sector, observando cómo la industria textil, que acoge a gran número de mujeres, detenta unos salarios por debajo de la media nacional, fundamentalmente por la feminización del sector. Como caso anómalo se estudia el caso de la industria del

tabaco acaparada casi exclusivamente por mujeres que son consideradas como la élite del proletariado femenino, que frente a la pasividad que caracteriza al proletariado femenino las tabaqueras poseen una fuerte organización sindical que fue posible al existir una mayor solidaridad entre las obreras y al tener numerosos problemas y objetivos comunes.

La diferencia entre las obreras textiles y las tabaqueras va a ser más de actitud que de mentalidad, ya que siguen considerando la fábrica como una actividad transitoria.

Otra rama de la actividad industrial la constituye la trabajadora a domicilio, considerado el más conveniente para la mujer fundamentalmente, porque no ha de moverse de casa. Ahora bien, su jornada laboral es menor y el salario muy reducido, exacerbado por una competencia muy grande entre ellas. Junto con el servicio doméstico y la agricultura consiste el trabajo femenino por excelencia.

El sector terciario ofrece a la mujer sus ocupaciones tradicionales: servicio doméstico, primeros niveles de enseñanza, auxiliares de los médicos; mientras que en los niveles superiores el acceso de la mujer estaba prácticamente vetado. Este problema se agudiza por la indolencia de la mujer burguesa que no hace nada por superarlo. No obstante el sector terciario en expansión crea nuevos puestos de trabajo destinados a la mujer con un cierto nivel de instrucción: correos, telégrafos, teléfonos y transportes son ejemplo de esto. A pesar de esto la lentitud de acceso a los puestos fuera de su esfera tradicional por parte de la mujer amortiguarán sus repercusiones en el cuerpo social.

Por último, dentro del problema la-

boral femenino, la autora estudia el comportamiento pasivo de la mujer frente a las actividades de tipo reivindicativo. En un primer momento, el obrero rechaza la entrada de la mujer en la vida laboral, tanto los marxistas como los católicos, pero una vez asumido lo irrevocable del paso, tanto unos como otros buscarán el apoyo de la trabajadora, buscando las mejoras materiales de ésta y evitando así la competencia con el varón. Los católicos neutralizarán a la trabajadora a domicilio, mientras que marxistas y anarquistas ocuparán el sector fabril.

El asociacionismo femenino reproduce al del hombre matizado por las circunstancias concretas de la mujer que hace que entre con notable retraso y además no supere los umbrales mínimos. Realmente el arranque se produce en el decenio de 1920-30 en que el activismo obrero se halla en auge y esto afecta también a la sindicación femenina.

La agricultura y el sector terciario quedan olvidados de la mano de los sindicatos centrados fundamentalmente en el sector secundario, con lo que gran parte de mujeres carecen de organizaciones donde canalizar sus reivindicaciones. La mujer sindicada actúa activamente, aunque no toma parte en las tareas de programación.

La autora concluye en la importancia de este primer tercio del siglo XX como inicio del acceso de la mujer al mundo del trabajo.

Todo lo que se escriba sobre la mujer y el mundo del trabajo es un tema que despierta interés, pero que simultáneamente ofrece numerosos riesgos al investigador. Interés despierta en cuanto que es un tema de plena vigencia y que suscita numerosas polémicas, el riesgo consiste fun-

damentalmente en el peligro de ampararse en ideologías —bien tradicionalistas o feministas radicales— que deformen el estudio en aras de la justificación de determinados principios. A mi juicio el estudio que sobre el tema realiza Rosa María Capel sortea con buena fortuna estos escollos de tipo ideológico, el lector se encuentra sorprendido al encontrarse con un estudio sobre la mujer, realizado por una mujer que se abstiene de conclusiones feministas y panfletarias, asimismo omite postulados de tipo paternalista y asume con notable acierto la mentalidad de las mujeres de la época estudiada, de forma que el tópico de «marginación social» que, sin dejar de ser cierto no es la única causa que caracteriza la entrada de la mujer en la vida laboral, se ve complementado por la propia resistencia de la mujer a abandonar su *status* tradicional y a buscar nuevos roles al margen de los que configuran la visión conservadora de las funciones y misiones de la mujer.

Si alguna crítica hay que hacer a este breve estudio ha de ser a nivel metodológico, en el sentido de poca especificación de algunos conceptos que podrían ser claves a la hora de la comprensión del problema planteado. Me refiero concretamente al uso del concepto «clero» como rama de actividad que no se especifica en absoluto a qué nivel se interpreta como activo. De la misma manera existen dos tesis implícitas que se contradicen, la primera es la necesidad de las clases bajas del trabajo femenino y la se-

gunda es el escaso porcentaje de población activa femenina. Si la autora considera la razón fundamental de la entrada de la mujer en la vida laboral el bajo nivel económico, cómo explicar esas tasas tan bajas de ocupación femenina en unos años en los que la sociedad española estaba básicamente compuesta por clases económicamente débiles, agrava el planteamiento el número creciente de solteras durante el primer tercio del siglo xx, ¿dónde se meten este número creciente de mujeres sin recursos y solteras? A mi juicio deja demasiado en el aire ese elevado porcentaje de mujeres abarcadas en el clero y creo que las pequeñas contradicciones de tipo metodológico, inevitables por otro lado en un trabajo tan breve, quizá se vieses aclaradas en el estudio de este sector que la autora no trata para nada.

También se echa de menos un tratamiento más profundo del problema de la sindicación de la mujer y las causas que en el estudio se alegan como explicativas de este fenómeno quizá debiesen ser estudiadas con más detenimiento y profundidad.

En resumen, un estudio breve que se lee con facilidad y proporciona una idea general sobre el inicio, por parte de la mujer, al mundo laboral, aunque, y vuelvo a repetirlo a riesgo de ser reiterativa, la cortedad del estudio no puede evitar el defecto de incurrir en alguna que otra generalización discutible.

TERESA GUTIÉRREZ DEL ALAMO G.

INFORMES Y ENCUESTAS DEL C.I.S